

LECTURAS FRANCESAS DE UNAMUNO: SENANCOUR¹

¿Cómo no sentirnos cohibidos al ir ahora a hablar de Sénancour? Para tratar el tema, lógicamente habría que emprender otra tesis, como la que hizo la señorita Lucía Svetlana Kegler para la universidad de Duke, en Estados Unidos, en un trabajo titulado: "*Obermann*" in the works of Unamuno, y que no sabemos si llegó a publicarse después de su redacción en 1958. Desgraciadamente, nuestros esfuerzos en este trabajo de investigación debían repartirse entre las lecturas y los libros que Unamuno llegó a hacer o a tener entre sus manos de toda la literatura francesa; es decir, en principio debíamos interesarnos tanto por el autor leído, no anotado, y ninguna vez mencionado en los escritos unamunianos, como por el autor más anotado, leído repetidamente y mencionado muchísimas veces. La dispersión a que nos ha obligado este tema de "los libros y las lecturas francesas" de Unamuno debe ayudar a perdonar lo forzosamente fragmentario de este capítulo.

Ciento sesenta y cuatro anotaciones en *Obermann* y *Aldomen ou le bonheur dans l'obscurité*, he aquí lo que nuestra investigación nos ha permitido descubrir y en principio la única conclusión que podemos sacar.

¿Cuántas veces habrá Unamuno leído, todo o parcialmente, el *Obermann*? No lo sabemos ni lo podemos saber. Evidentemente, muchas. El profesor Martin Nozick nos recuerda, en un artículo titulado: *Unamuno, gallophobe*²:

"Antonio Sánchez Barbudo claims that Unamuno had read Sénancour at least as early as 1897, and that one of the last articles he wrote, "Excursion" of July 19, 1936, ends with a quotation from the end of *Obermann*." (*Estudios sobre Unamuno y Machado*; Madrid, 1959, p. 180).

A lo cual no tenemos nada que añadir. El ejemplar de la Biblioteca no tiene fecha de publicación; es una edición de la Biblioteca Charpentier de París, con prefacio de George Sand. Esta escritora murió en 1876, y es probable que la edición de *Obermann* sea algo anterior a esta fecha.

En cuanto a *Aldomen ou le bonheur dans l'obscurité*, es el gran conocedor de Sénancour, André Monglond—por otra parte autor de *Le jour*

¹ Este trabajo es un capítulo de la tesis doctoral, inédita, "Los libros y las lecturas francesas de la Biblioteca de Unamuno", leída en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca, en junio de 1964.

² Reprinted from *The Romanic Review*, vol. LIV, núm. 1, february, 1963.

nal intime d'Obermann, que no parece haber llegado a las manos de don Miguel—, quien lo descubrió casi por casualidad en la Biblioteca Nacional de París; decimos que lo “descubrió” porque, como nos dice Monglond en el estudio que precede a la novela corta de Sénancour, éste lo publicó, bajo el terror francés, con un seudónimo, pensando así evitar que se le localizase. El *Aldomen* es anterior al *Obermann*, y por eso leemos en la portada del librito publicado en 1925 por “Les presses françaises”: “Précédé d'une étude sur ce premier *Obermann* inconnu, par André Monglond.” El descubridor resume en su dedicatoria toda la personalidad de Sénancour tal como la había sentido Unamuno, dice:

“A Miguel de Unamuno ce petit livre d'un homme vrai qui eut le sentiment tragique de la vie. Un ami de Jacques Chevalier André Monglond.”

En este libro de apenas 89 páginas don Miguel hizo 14 anotaciones, una de ellas en el estudio-prólogo.

En uno de los ensayos de *Por tierras de Portugal y de España* vemos cómo nuestro autor tuvo conocimiento de otro estudio sobre su autor preferido:

“¿No conoce usted el estupendo *Obermann*, de Sénancour, sobre quien acaba de escribirse un libro interesantísimo? (*Senancour, poète, penseur religieux et publiciste*, par M. Joachim Merlant, a cuyo propósito puede usted ver el número del 10 de septiembre de este año [1909] de la *Revue des Deux Mondes*.)” (página 186).

Como no está esta obra en su Biblioteca, creemos que Unamuno, como su supuesto corresponsal, tuvo que atenerse al artículo de la revista francesa.

Casi todos los investigadores que consagraron a don Miguel un estudio tuvieron en algún momento que aludir a sus relaciones con Sénancour; aparte de la tesis ya mencionada, nos referimos a la obra de François Meyer *L'Ontologie de Miguel de Unamuno*, donde el autor traza en unas páginas un esbozo muy interesante de lo que sería un estudio sobre los dos grandes hombres.

Desde muchos puntos de vista hay una comunicación muy íntima entre don Miguel y Sénancour; aquél tuvo como una vocación el seguir a éste, como si hubiera heredado, por la misteriosa hereñcia del espíritu, su sentir y su pensar. Algunas palabras de nuestro autor en el ensayo que consagra íntegro a Sénancour, *Una base de acción*³, nos dicen qué papel tenía la conciencia de desempeñar al hacer de *Obermann* una “base de acción”:

³ *De esto y de aquello*, volumen III, págs. 223-229.

“La obra inmensa—no por la extensión material—de Sénancour ha llegado a ser breviario de algunos espíritus escogidos, y tendrá siempre sus fieles lectores, mientras se hundan en el olvido otras obras con que sus autores trataron de engañarse engañándonos.” (Pág. 223).

Y en las *Observations* que antepuso el propio Sénancour a su obra maestra bajo el nombre del editor, en la página 19 de la edición de la Biblioteca, notamos la presencia de estas líneas:

“Je ne me dissimule pas qu'un critique trouvera beaucoup à reprendre: je n'ai point prétendu “enrichir le public” d'un ouvrage travaillé, *mais donner à quelques personnes éparses dans l'Europe* les sensations, les opinions, les songes libres et incorrects d'un homme souvent isolé, qui écrivit dans l'intimité, et non pour son libraire”. [subrayamos]

Unas páginas antes:

“De semblables lettres sans art, sans intrigue, doivent avoir mauvaise grâce hors de la *société éparsée et secrète* dont la nature avait fait membre celui qui les écrivit.” (pág. 15; subrayamos)

Y en la extraña introducción que hizo Bernardo G. de Cándamo al tomo segundo de los ensayos de Unamuno, introducción hecha con extractos de cartas y extraña por venir éstas sin referencia y a lo que parece sin orden sensible ni fecha, leemos que don Miguel dice de Menéndez y Pelayo que apenas conoce el *Obermann* más que de referencia por que

“no lo ha resistido... Pocos llegan al fin; pero el que lo concluye, lo releo y vuelve a releerlo.”⁴

Es que don Marcelino no era de la “sociedad dispersa y secreta”, mientras don Miguel sí, y gran sacerdote de ella.

El sagrado derecho a la contradicción que reclamó Unamuno durante toda su vida, ya había pensado Sénancour que se lo negarían los críticos y los de fuera de la “sociedad”, e intentaba defenderlo:

“On y trouvera des contradictions, du moins ce qu'on nomme souvent ainsi. Mais pourquoi serait-on choqué de voir, dans des matières incertaines, le pour et le contre dits par le même homme? Puisqu'il faut qu'on les réunisse pour s'en approprier le sentiment, pour peser, décider, choisir, n'est-ce pas une même chose qu'ils soient dans un seul livre ou dans des livres différents?” (*Observations*, pág. 17).

François Meyer y André Monglond están de acuerdo en decir que Sénancour dejaba conscientemente su obra, sus ideas y su drama interior

⁴ *Ensayos*, edición Aguilar, II, págs. 56-57.

para que alguien les diese una solución más tarde. Monglond, en su introducción-estudio a *Aldomen*:

“Obligé de renoncer pour lui-même à ses projets “dans un pays où l'argent a tout envahi”, Sénancour publiait “ses idées afin que quelqu'un de plus heureux les exécutât un jour.” (Pag. XIII.)

Mayer, al terminar su conclusión:

“Mais ce drame n'est pas celui d'une génération: Unamuno le vivra cent ans plus tard avec plus d'intensité encore, avec plus de lucidité désespérée. que Sénancour.”⁵

Si es verdad, como dijo don Miguel, que todos pueden ser hegelianos menos el mismo Hegel, que era Hegel, Sénancour será más unamuniano que otra cosa, y nuestro autor más senancouriano, o más bien más hombre de las alturas que unamuniano. En otras palabras: Sénancour puede tener ahora más valor de lo que tenía antes por haber provocado su obra, en larga y fecunda gestación, la de Unamuno, que dio a aquélla una vida nueva, dándole otro paso hacia el futuro. Y Sénancour sin Unamuno y algunos fieles de la “sociedad” puede ser, sí, que sea el que nos pinta Chicharro de León en sus artículos sobre Unamuno y Francia.

Veamos, por ejemplo, esta frase sacada del octavo artículo, preguntándonos si el “emigrado” Sénancour no es lo que había sido el “extranjero” Rousseau en la de Jules Lemaître: una evidencia mal disfrazada de incompreensión. En este caso, la incompreensión es doble, pues afecta a Sénancour y a Unamuno al mismo tiempo. La frase es ésta:

“Sucede que el autor vasco, tan amante de la soledad creadora, halló en ese emigrado que fue Sénancour un espíritu semejante al suyo y se lo apropió.”

La que nos choca es ésta:

“Ese “inmenso Obermann”, tan citado por Unamuno, no tiene de inmenso, a nuestro parecer, más que el vacío que se le hace en nuestros días.”

Negar valor a todo *Obermann* es negárselo a mucho de Unamuno; y ¿para qué meterse en artículos desde esta posición?

Catorce veces cita Unamuno pasajes sacados directamente de *Obermann*; son catorce frases o párrafos. Y al pasar a fichas, muchas veces

⁵ *L'ontologie de Miguel de Unamuno*, pág. 116.

en resumen, las ciento cincuenta anotaciones que hallamos en el libro, hay cinco de estos pasajes que escaparon a nuestra atención. En todo caso, conocemos el número de la carta de la cual procede el trozo. Las cartas IV, VII—con cuatro citaciones diferentes—, X, XI—don Miguel decía IX—, XII, XLV, LXIX, LXXXVII—dos pasajes citados—, XC y XCI son las que merecieron pasar directamente a los escritos unamunianos. No hallamos tres de los extractos de la carta VII, uno de la X y los dos de la LXXXVIII. Si restamos estos catorce extractos de los 150 que sabemos también interesaron a don Miguel, ¡cuánto más se puede conocer al Sénancour de Unamuno, del Unamuno de las lecturas *in angello cum libello*!

Este Unamuno lector atento, que no lee para escribir inmediatamente después, se interesó mucho en los paisajes alpinos descritos por Obermann cuando éste se dejaba ir al ritmo de los pensamientos que le inspiraban. Son diecisiete estos “paisajes del alma”, donde la naturaleza al despertar la mirada melancólica del poeta, entra en él, se asimila a las dimensiones de su espíritu, y se mueve lentamente entre los pensamientos creando imágenes poderosas, obteniendo dimensiones nuevas e insospechables. Veamos un ejemplo típico, extraído de la carta LXXXIV, al margen de un signo o llamada que nos orientó, de los que Unamuno solía poner junto a los pasajes que le interesaban.

“Je retrouvai pourtant quelque chose des anciennes impressions lorsque je fus assis dans la vapeur qui rejaillit vers les nues, au bruit si imposant de cette eau qui sort d'une glace muette, et coule sans cesse d'une source immobile, que se perd avec fracas sans jamais finir, qui se précipite pour creuser des abîmes, et qui semble tomber éternellement. Nos années et les siècles de l'homme descendent ainsi: nos jours s'échappent du silence, la nécessité les monte, ils glissent dans l'oubli. Le cours de leurs fantômes pressés s'écoule avec un bruit uniforme, et se dissipe en se répétant toujours. Il en reste une fumée qui monte, qui rétrograde, et dont les ombres déjà passées enveloppent cette chaîne inexplicable et inutile, monument perpétuel d'une force inconnue, expression bizarre et mystérieuse de l'énergie du monde.”

El paisaje físico no es más que el papel especialmente elegido por el pintor sobre el que éste puede dibujar las formas geométricas que su inspiración provoque, y que se unirán en plena armonía a los elementos geográficos. Intima unión de la naturaleza y del espíritu, en perfecto equilibrio formal y espiritual. Figura de ello es esta frase de Unamuno, donde el plano espiritual, es decir de la interpretación interior del paisaje, sobrepasa el plano físico o geográfico; todos conocen la gran pasión que tuvo nuestro autor por las excursiones a la montaña, y las numerosas salidas que hizo, siendo joven, a las vizcafnas y, luego, a la Peña de Francia:

“Dios me dió un alma con pulmones para respirar en las cimas, cerca del cielo, donde está el aire enrarecido y respirar entre congojas y a las

veces haustos agónicos, pero no me dió branquias espirituales con que poderme resignar a las profundidades del mar del mundo.”⁶

Es el Unamuno-hombre-de-las-alturas quien habla aquí, y vemos en esta frase tanto el ober-mann como el que dejó escrito:

“Je ne saurais vous donner une juste idée de ce monde nouveau, ni exprimer la permanence des monts dans une langue des plaines.”⁷

Aparte de el que acabamos de citar, se reducen a dos los pasajes de *Obermann* a los cuales don Miguel volvió repetidamente en sus escritos; pasajes que resumen de una manera muy sucinta, en tres pinceladas, la fisonomía de Sénancour tal como nuestro autor la dejó filtrar a través de toda su obra.

El primer pasaje es, desde luego, el más importante, el más actual en todas las épocas; interesa a todo hombre que no rehuye las preguntas fundamentales, la Pregunta suprema; es éste:

“L’homme est périssable.—Il se peut; mais périssons en résistant, et, si le néant nous est réservé, ne faisons pas que ce soit une justice”. (Carta XC).

Esta es la única anotación que don Miguel menciona en la guarda final; la reseña así:

“L’homme est périssable 412”,

como para poder encontrar con toda facilidad esta frase que, a lo sumo, es, en efecto, una “base de acción”.

“Cambiad en positivo este precepto negativo Obermanniano, diciendo: “Si nos está reservada la nada, hagamos que sea ello una injusticia”, y tendréis uno de los más robustos fundamentos de la ética, el más robusto acaso, una base de acción.”⁸

El tercer pasaje muy celebrado por don Miguel es ya más romántico, su contenido resuena menos en nuestros oídos, poco acostumbrados al escenario en el cual se escribió, con un tono que, no por falta de sinceridad, nos parece demasiado dramático:

⁶ *Mi vida y otros recuerdos personales*, I, pág. 145.

⁷ Carta VII, pág. 60; en Unamuno: *Por tierras de Port. y Esp.*, pág. 186; *Andanzas y visiones esp.*, pág. 111; *De E. y de A.* III, pág. 572; *O. C. I.* pág. 892; *O. C. VII*, página 441.

⁸ *De esto y de aquello*, III, págs. 223-224.

Y viene lo mismo, en citación directa o con otras palabras en *O. C. VII*, páginas 442-443, en *Del sentimiento Trágico de la Vida*, *Ensayos II*, páginas 752, 941, 942, 945, 949, 957 y 958, y en *Canc. Poema* 143.

“Que quelquefois encore, sous le ciel d’automne, dans ces derniers beaux jours que les brumes remplissent d’incertitude, assis près de leau qui emporte la feuille jaunie, j’entende les accents simples et profonds d’une mélodie primitive. Qu’un jour, montant le Grimsel ou le Titlis, seul avec l’homme des montagnes, j’entende sur l’herbe courte, auprès des neiges, les sons romantiques bien connus des vaches d’Underwalden et d’Hasly; et que là, une fois avant la mort, je puisse dire à un homme qui m’entende: Si nous avons vécu!” (Carta XII.)

Una vez cita don Miguel el pasaje completo, en julio de 1936—última mención de Sénancour según el parecer de Sánchez-Barbudo—, en un artículo para *Ahora*, que aparece en el tomo primero de las *Obras Completas*, página 1.111. En otras dos ocasiones, cita las últimas palabras evocando siempre antes el ambiente de las cumbres alpinas; en *Obras Completas* I, página 941 y VII, página 442. Por su parte el *Cancionero* trae estos versos donde aparecen dos de los temas obermannianos más queridos a don Miguel:

“Tendido en la yerba corta
de los Alpes Obermänn
“Ah, si hubiéramos vivido...!”
sollozaba al contemplar
cómo pasaban las nubes
a sus pies mientras la paz
del cielo —silencio trágico—
le henchía de vaciedad
“El hombre es perecedero;
tal vez —y vuelta a soñar—,
“mas perecer resistiendo,
y si es la nada cabal
lo que nos está guardando,
no hagamos por nuestro mal
que ello sea una justicia...”
y se sintió desmayar”

(Poema número 143).

Otro rasgo de *Obermann* que se cita dos veces y que parece haber llamado particularmente la atención de don Miguel, es aquél donde el poeta romántico describe la aparición de un águila en los Alpes; dice:

“Un punto negro apareció en sus abismos: se elevó rápidamente, vino derecho a mí; era la poderosa águila de los Alpes; sus alas estaban húmedas y su mirada feroz; buscaba una presa; pero a la vista de un hombre se dió a huir con un grito siniestro, y desapareció, precipitándose en las nubes. Este grito se repitió veinte veces, pero por sonidos secos, sin prolongamiento alguno, semejantes a otros tantos gritos aislados en el

silencio universal. Después todo volvió a entrar en una calma absoluta, como si el sonido mismo hubiera dejado de existir y que la propiedad de los cuerpos sonoros se hubiese borrado del universo.”⁹

En la misma carta sobresale también el párrafo que sigue a lo que acabamos de citar; lo citó don Miguel a continuación en *Andanzas y Visiones*, página 30. Y reproducimos esta frase:

“Jamás ha sido conocido el silencio en los valles tumultuosos;...”,

de la cual dijo nuestro autor que estaba hecha con “palabras insustituibles”.

No cabe duda que Unamuno ha interpretado a su manera la personalidad y la obra de Sénancour; queremos ahora hacer caso de una de estas interpretaciones donde se ve que nuestro autor, sin llegar a cambiar fundamentalmente el pensamiento de *Obermann*, le da más amplitud, una nueva orientación, como para que encaje más en su propia concepción del individualismo. Dice Sénancour:

“Les lois générales sont fort belles, et je leur sacrifierais volontiers un an, deux, dix ans même de ma vie; mais tout mon être, c'est trop: ce n'est rien dans la nature, c'est tout pour moi”. (Carta XLV).

Y don Miguel, en *Viejos y Jóvenes*, página 61, y en *Del Sentimiento trágico*, páginas 724 y 755-756 del tomo segundo de los *Ensayos*, añade la exclamación, abandona el contexto, sustituye a la naturaleza —con minúscula— por un Universo —con mayúscula—, dando al pasaje una personalidad totalmente distinta. Dice en el primer caso.

“Y puede decir con Obermann: “En el universo no soy nada; para mí lo soy todo.” [Aquí con minúscula.]

En *Del Sent. Trá.*, esto:

“¡Yo, yo, yo, siempre yo!—dirá algún lector—; y ¿quién eres tú? Podría aquí contestarle con Obermann, con el enorme hombre Obermann: “Para el Universo, nada; para mí, todo”; [aquí sin exclamación].

y por fin esto, donde se reúnen todos los cambios:

“Y ¿quién eres tú?—me preguntas—, y con Obermann te contesto: “¡Para el Universo, nada; para mí, todo!”

⁹ Carta VII, Unamuno, *Andanzas y visiones*, págs. 29-30 y *Obras completas* VIII, 599.

Hemos previsto un apéndice a este trabajo para algunos inéditos, o "anotaciones inéditas" de don Miguel en el que damos cuenta de los comentarios encontrados al margen de ciertos libros, de borradores de poemas, de reflexiones. Pues bien, en la página 322 del *Obermann*, hallamos, al lado de un párrafo que dice así:

"Celui qui n'a rien vu par lui-même, et qui est sans préventions, sait mieux que beaucoup de voyageurs. Sans doute, si cet homme d'un esprit droit, si cet observateur avait parcouru le monde, il saurait mieux encore; mais la différence ne serait pas assez grande pour être essentielle: il present dans les rapports des autres les choses qu'ils n'ont pas senties, mais qu'à leur place il eût vues." (Carta LXIX.)

estas palabras escritas con lápiz, borradas:

"Viajar por el desierto de la propia alma
Viajar por el años pasados viendo la ciudad
Oh, si hubiéramos vivido!"

"turismo octanes (?)
viajar por topofobia
Querido Julio Verne."

"in angello
cum libello"

"Andanzas y visiones. Ver sin
andar. La vista del perlático
A la landa verde! A mi niñez via-
je (?) años.
(? ? ?)."

Sin duda, es el borrador del último de los artículos de don Miguel, donde se habla de Sénancour, el publicado el día 19 de julio de 1936, titulado *Emigraciones* (O. C. I, pág. 1.111 a 1.114).

Aquel día don Miguel hojeó el *Obermann*, lo hojeó todo, pues tenemos en el artículo referencia al prefacio y la cita de la última frase.

El prefacio, lo había escrito George Sand, como dijimos, y de allí lo de

"me recojo en mi alcoba... a volver a leer la insondable "monodía"—así la llamó Jorge Sand—del *Obermann*."

Y en la misma frase que acabamos de citar, hemos quitado estas palabras halladas al margen de la página 322:

"—*in angello cum libello*, en un rinconcito con un librito, que se dijo antaño—."

El último párrafo del artículo, reproduce el final de la carta XCI, segunda del suplemento y última del libro, donde Sénancour nos dice, lleno de serenidad y de triste melancolía:

“Si j'arrive à la vieillesse, si, un jour, plein de pensées encore, mais redonçant à parler aux hommes, j'ai auprès de moi un ami pour recevoir mes adieux à la terre, qu'on place ma chaise sur l'herbe courte, et que de tranquilles marguerites scient là devant moi, sous le soleil, sous le ciel immense, afin qu'en laissant la vie qui passe, je retrouve quelque chose de l'illusion infinie.”

En cuanto al párrafo de la página 322, está, claro, citado en el artículo, junto al que hemos visto ya y que incluye las famosas palabras.

“¡Si nous avions vécu!” (Carta XII),

que don Miguel cita en primera persona del singular.

El “viaje por topofobia” y el “querido Julio Verne” del borrador pasan también al artículo de Unamuno, igual que:

“Andar y ver”—se dice. “Y el que esto os dice ha publicado una colección de relatos de excursiones con el título *Andanzas y visiones españolas*. Pero es más lo que ha soñado que lo que ha visto.”

En cuanto a la exclamación que termina la parte legible de las notas marginales, “A la landa verde! A mi niñez viaje (por) años”, acabó por ser:

“¡A la landa verde! ¡A la landa verde!”, gritábamos de niños, en mi Bilbao, hace más de setenta años, cuando íbamos a salir de modestísima excursión a una landa de Begoña. Y cuando después he vuelto a mi nativa villa he ido a la landa verde a viajar por años de recuerdos, por recuerdos de años, a la landa verde de mi niñez, a su verdor.”

Acaso sea un pormenor sin gran importancia, pero no carece de interés ver alineados, uno al lado del otro, los calificativos que le inspiró a don Miguel la obra de Sénancour. Tal vez haya algo excesivo en este calificar, con palabras cada vez más decisivas, más absolutas, una obra, un mero libro que la memoria de los hombres ha olvidado, sin guardar recuerdo más que del nombre de un personaje, pero Unamuno sentía toda la injusticia de este olvido, como una urgencia para devolver al sitio que merecía en la literatura francesa y en el pensamiento contemporáneo este libro: Un Unamuno-apóstol aparece a través de esta exageración verbal; se trata de despertar inquietudes, de abrir horizontes, de interesar a hombres serenos y satisfechos en una obra agónica, y bien sabía don Miguel lo torpe que era, y que sigue siendo, el oído de todos los hombres. *Obermann* va a ser, pues, sucesivamente,

“Estupendo, tremento, abismático—tres veces—, trágico—dos—, apasionado, maestro de altísima moral, eterno, terrible, hondísimo sólo de órgano, enorme poema, enorme hombre, enorme—dos veces—, inmenso, obra inmensa, un alma vasta y eterna, libro formidable, una excursión por los abismáticos y desiertos páramos del alma humana, hombre extraordinario de la montaña, genio de los Alpes, el más hondo y más intenso de los hijos espirituales del patriarca Rousseau, el más trágico de los sentidores franceses sin excluir a Pascal, inmensa “monodía”, la gran figura del silencio helado de las cumbres de los Alpes, libro apocalíptico, libro que es una de las cosas más profundas que han brotado de pluma de hombre.”

Y en esta letanía donde el hombre Sénancour y el hombre-Obermann se mezclan y se suceden, cabe toda la deuda de Unamuno al romanticismo, hijo de Rousseau. Cabe, además, el tributo de nuestro autor a uno de los escritores que le fueron más queridos, el más querido entre los franceses porque en él cabían tanto Pascal, como Rousseau, y hasta Flaubert; el Flaubert más unido a Unamuno, el de la “insoportable tontería humana”, pues como comenta Monglond, al hablar de Obermann en el año VIII, en Imestrom:

“Il a renoncé à l'amour. Un ami fidèle, Fonsalbe, viendra le rejoindre. Tous deux, au coin du feu ou dans les prés, ils se donneront le rare plaisir de dénombrer les absurdités humaines, pour les befour d'un rire quinteux.” (Introducción-estudio a *Aldomen*, página XXXIII.)

Y ya que hablamos de ellos al nombrar a Pascal, Rousseau y Flaubert, veamos quienes fueron estos “hermanos de Obermann”, los que compartieron con él el “sentimiento trágico de la vida”, la agonía interior. Los “hermanos” pueden ser los de un momento, los que tienen una calidad en común con Obermann; es el caso de los autores de cartas, o que vivieron atormentados, cualquiera que sea la orientación de su pensamiento o de su obra; pero aun con estas restricciones, son poco numerosos: además de Pascal y Rousseau, hay Chateaubriand, Vigny, Benjamín Constant, los hermanos Guérin, María Bashkirseff, Amiel, Des Esseintes, el Padre Jacinto, entre los que pensaron y escribieron en francés. Los extranjeros son Quental, Leopardi, Kierkegaard, Thomson, Lenau, Kleist, Goethe, Lara, David Grieve, Durtal, Marco Aurelio, San Agustín y Nietzsche.

Según las palabras de André Monglond en su ya citado estudio:

“L'oeuvre de Sénancour est un continuel recommencement... Chaque livre nouveau n'est que l'édition, souvent très remaniée et très augmentés, des livres précédents, et destinée à les remplacer tous”. (Página XII de la introducción a *Aldomen*).

Por consiguiente, la corta novela *Aldomen ou le bonheur dans l'obscurité*, anterior a *Obermann*, aunque haya llegado muy tarde a las manos de don Miguel, en 1925, no puede haber causado un gran efecto sobre nues-

tro autor, ni cambiado su opinión sobre el escritor francés. Dijimos ya que hallamos catorce anotaciones en la corta obra, una en la introducción y las otras en la parte novelesca. De éstas sacamos una frase que don Miguel mencionó al final del libro, además de subrayar una parte de ella en el texto y de señalar al margen de la página 67:

“l'Éternel, *qui, s'il nous destine à une autre vie, réglerait alors comme à présent les destins de l'homme et ne rejeterait point celui qui a suivi la voix intérieure qu'il plaça dans son cœur*”.

No queremos terminar este breve estudio sobre la lectura unamuniana de las dos obras de Sénancour sin revelar parcialmente, muy parcialmente, algo del tesoro que representan las numerosas anotaciones de don Miguel en su ejemplar de *Obermann*, todas ellas de una emocionante belleza, todas ellas revelándonos un Unamuno agónico, trágicamente agónico, como destrozado ante las amargas verdades que Sénancour va diciendo, repitiendo, ahondando en su bellísimo estilo, con una voz que imaginamos oír desde la llanura, voz de la cumbre alpina hecha más profunda, más grave cuando nos llega de la Peña de Francia, de aquellas cumbres salmantinas tan caras a nuestro autor.

Sin comentarlos porque ya el subrayar de Unamuno los colocó dentro de su propia obra, leamos, o mejor oigamos, estos pasajes amargos de trágica serenidad:

“ils voudraient perpétuer leur être, et ils voient que tout passe.”
(Carta XLIII.)

“Où seront nos livres, nos renommées, nos craintes, notre prudence, et la maison que l'on voudrait bâtir, et le blé que la grêle n'a pas couché? Pour quel temps amassez vous? pour quel siècle est votre espérance? Encore la révolution d'un astre, encore une heure de sa durée, et tout ce qui est vous ne sera plus; tout ce qui est vous sera perdu, plus anéanti, plus impossible que s'il n'eût jamais été. Celui dont le malheur vous accable sera mort; celle qui est belle sera morte. Le fils qui vous survivra sera mort.” (C. XLVIII.)

“Force vivante! Dieu du monde! J'admire ton oeuvre, si l'homme doit rester; et j'en suis atterré, s'il ne reste pas.” (Carta XLVIII.)

“Venir, s'élever, faire grand bruit, s'inquiéter de tout mesurer l'orbite des comètes, et, après quelques jours, se coucher sous l'herbe d'un cimetière; cela me semble assez burlesque pour être vu jusqu'au bout.”
(Carta LXXVIII.)

Etienne Pivert de Sénancour murió en St.-Cloud el día 10 de enero de 1846. Y el día 29 de septiembre de 1864, dieciocho años, ocho meses y diecinueve días después, en Bilbao, España, nació Miguel de Unamuno.